

El segundo manifiesto —titulado significativamente «Los temas»— Neruda coincide en la trascendencia de la dimensión sentimental de la poesía (evidenciada, sobre todo, mediante el vocablo «corazón», que aparece cinco veces en el breve texto del manifiesto), señala la soledad, el olvido y la tristeza del oficio del poeta: «El poeta vestido de luto escribe temblorosamente muy solitario». Se diría que en este manifiesto Neruda *camina sin rumbo*, como si se tratara de un segundo «Walking around» (pese a que en el texto en prosa los *notarios* pasan a ser *abogados*, los *pájaros de color de azufre* aparecen en forma de *luciérnaga* que deshace *en polvo ardiendo su cola fosfórea*, el *golpe de oreja* a la monja se convierte en *golpe de mano* a los cantos del corazón, etc.), de una segunda disgregación del yo estético mediante las percepciones y los vislumbres amontonados sin orden y vínculos aparentes. En este editorial³⁹ habla el Neruda melancólico, desilusionado y solitario de la primera y segunda *Residencia en la tierra*. El «Canto a las madres de los milicianos», su primer poema abiertamente comprometido⁴⁰, surgiría sólo tras la desesperadora y alucinante experiencia de los primeros meses de la guerra civil y de la defensa de Madrid. Todos los otros poemas que integran la sección IV de la tercera *Residencia en la tierra*, surgieron en París o en su viaje de regreso a Chile⁴¹.

«Conducta y poesía», el manifiesto que abre el número 3 de *Caballo verde* carece, como el anterior, de relevancia teórica. Aparecen, evidentemente, algunas constataciones y alusiones personales que pueden dar pie a disquisiciones más o menos oportunas (las tribulaciones de los poetas, el odio que se emplaza en la poesía, la edad, el desaliento y la indolencia del artista, las indirectas a Juan Ramón Jiménez⁴², el vaticinio del relevo definitivo de la «poesía pura»⁴³, por la «impura»⁴⁴, de la que perderá lo que «fue escrito con sangre para ser escuchado por la sangre», etc.), pero su

³⁹ «Hacia el camino del nocturno extiende los dedos la grave estatua férrea de estatura implacable. Los cantos sin consulta, las manifestaciones del corazón corren con ansiedad a su dominio: la poderosa estrella polar, el alhelí planetario, las grandes sombras invaden el azul.

El espacio, la magnitud herida se avecinan. No lo frecuentan los miserables hijos de las capacidades y del tiempo a tiempo. Mientras la infinita luciérnaga deshace en polvo ardiendo su cola fosfórea, los estudiantes de la tierra, los seguros geógrafos, los empresarios se deciden a dormir. Los abogados, los destinatarios.

Solo solamente algún cazador aprisionado en medio de los bosques agobiado de aluminio celestial, estrellado por furiosas estrellas, solemnemente levanta la mano enguantada y se golpea el sitio del corazón.

El sitio del corazón nos pertenece. Solo solamente desde allí, con auxilio de la negra noche, del otoño desierto, salen, al golpe de la mano, los cantos del corazón.

Como lava o tinieblas, como temblor bestial, como campanada sin rumbo, la poesía mete las manos en el miedo, en las angustias, en las enfermedades del corazón. Siempre existen afuera las grandes decoraciones que imponen la soledad y el olvido: árboles, estrellas. El poeta vestido de luto escribe temblorosamente muy solitario.» («Los temas», en *Caballo verde para la poesía*, núm. 2, noviembre de 1935, pág. 29.)

⁴⁰ Apareció, sin firma, en *El Mono Azul*, núm. 5 (24 de septiembre de 1936, pág. 2). Este poema forma parte, como es sabido, de *España en el corazón* (1937).

⁴¹ Neruda abandonó Madrid a primeros de noviembre de 1936. Se instaló, tras una breve estancia en Valencia, en París, de donde salió el 10 de octubre de 1937 camino de Chile, donde llegó el 7 de noviembre. El 13 de noviembre de 1937 apareció, en Santiago (ediciones Ercilla), *España en el corazón*. Cfr. «Cronología de Pablo Neruda» en sus *Obras completas*, I, Buenos Aires. Losada, 1967, págs. 9-21.

⁴² Cfr. el artículo citado de RICARDO GULLÓN: «Relaciones Pablo Neruda, Juan Ramón Jiménez».

⁴³ «(...) y la pequeña rosa vuelve a su delicada tumba de corola.»

⁴⁴ «La piedra que han mordido el légamo y la angustia florece de pronto con estruendo de mar.»

tono es esencialmente personal, de invectivas contra los poetas de minoría ⁴⁵ y sus adeptos, y no contra sus teorías ⁴⁶.

El editorial del número 4 lleva las iniciales y las fechas de nacimiento y muerte de Gustavo Adolfo Bécquer. Se trata de un texto en homenaje a Bécquer y sin relación directa con los tres precedentes.

V

Antes de referirme a las polémicas más sonadas en torno a los manifiestos nerudianos, es acaso oportuno comentar brevemente el poema de Moreno Villa y dedicar un breve párrafo a las diversas formas métricas de los poemas publicados en la revista.

Moreno Villa publica, en el número 4, un poema titulado «Cartas sin correo». Consiste de tres fragmentos y es una respuesta a los editoriales de Neruda, además de una exposición de su poética. Consciente de que su parecer no va a contar con la estima del destinatario (el folleto, dice, está «destinado a dormir en algún rincón»), Moreno Villa declara que su memoria es selectiva («borrar, quemar, suprimir es forzoso»), por lo que su paleta poética es «reducida», aunque no «flaca ni esquelética»: elimina y guarda «para no morir asfixiado por las [cosas] vulgares».

(...)te escribo, amigo, en este folleto
destinado a dormir en algún rincón.
Quiero hablarte de mi memoria.
Unos dicen que es flaca, otros que nula.
Todos yerran. Es eliminativa.
De los animales que llevo vistos en mi existencia,
borro millares, me quedo con una docena;
de las flores que he visto, igual.
Y de los hombres, pueblos, costumbres,
pinturas, libros y leyes.
Hasta de la paleta o del arco iris elimino y guardo.
Recuerdo y uso el verde, el ocre, las tierras,
el blanco y el negro.
¿Paleta pobre? No. Reducida.
Manejada bien, da lo que se quiera.

⁴⁵ «(...) vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida?»

⁴⁶ «Cuando el tiempo nos va comiendo con su cotidiano decisivo relámpago, y las actividades fundadas, las confianzas, la fe ciega se precipitan y la elevación del poeta tiende a caer como el más triste nácar escupido, nos preguntamos si ha llegado ya la hora de envilecernos.

¿Es el poder de la edad o es, tal vez, la inercia que hace retroceder las frutas en el borde mismo del corazón, o tal vez lo 'artístico' se apodera del poeta y en vez del canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida?»

¡Ay, el tiempo avanza con ceniza, con aire y con agua! La piedra que han mordido el légamo y la angustia florece de pronto con estruendo de mar, y la pequeña rosa vuelve a su delicada tumba de corola. El tiempo laca y desenvuelve ordena y continúa.

Y entonces, ¿qué queda de las pequeñas podredumbres, de las pequeñas conspiraciones del silencio, de los pequeños fríos sucios de la hostilidad? Nada, y en la casa de la poesía no permanece nada, sino lo que fue escrito con sangre par ser escuchado por la sangre.» («Conducta y poesía», en *Caballo verde para la poesía*, núm. 3, diciembre de 1935, pág. 49.)

Como en los casos anteriores, transcribo el texto sin corregir las erratas.

Borrar, quemar, suprimir es forzoso.
 No por demagogia, por ley natural.
 Tú borras la vida de tus antepasados
 aunque salves a alguno;
 quemas el oxígeno de la sangre para vivir;
 suprimes los detritus de tu casa:
 muebles viejos, cosas rotas, mondaduras de cocina.
 (...)

 Mi memoria no es flaca ni esquelética,
 es, sencillamente, memoria.
 Salón sin muros, con nada dentro tangible.
 Un olor, una proporción, un acento, un grito.
 Cosas de este jaez son sus objetos manejables (págs. 70-81).

En el segundo fragmento, Moreno Villa evoca y elogia la «variedad del Parnaso» español, que, para bien de sus cantadores (que pueden ser todos: el «botones» y el magistrado, «la cendolilla y la dama de alcurnia»), «es un Parnaso abundante» y «suculento». *Abundante* porque la posibilidad de elección es casi ilimitada («hay frutos domésticos y exóticos, suntuosos y humildes: «manzanas, tomates, piñas, cebollas (...), bellotas y calabazas»); *suculento* porque «parece un cap de frutas y vino espumoso», en el que confluyen, conservando cada uno su propio estilo y sabor, los grandes vates españoles y «algún adjunto americano» (nótese la alusión a Neruda). Opina, en fin, que hay que catar y paladear las frutas que nos brinda cada vate y que será «bobo quien se cierre a tanto sabor». Termina corroborando la frase nerudiana «sin excluir debidamente nada», pero precisando que «no hay buen cap sin fino champaña» (es decir, si falta la «poesía pura»).

Sobre la variedad del Parnaso,
 vale la pena detenerse.
 Hay quien la considera nefasta.
 Yo le aseguro que para bien del «botones», de la cocinera, el magistrado, el político,
 la cendolilla y la dama de alcurnia
 lo conveniente es un Parnaso abundante
 donde elegir manzanas, tomates, piñas,
 cebollas, pepinos, brevas, bellotas y calabazas.
 Se comprende que no a toda hora
 guste el hombre de comer piña.
 Y a su vez tampoco es posible
 que reduzca su paladar al pimiento.
 Nuestro Parnaso actual es succulento.
 Parece un «cap» de frutas y vino espumoso.
 En él acusa sus sabores Juan Ramón,
 Federico, Jorge, Antonio y Manuel,
 Pedro, Manolo, Rafael, Luis,
 y algún adjunto americano.
 Te aseguro que es delicioso
 paladear lo que tiene de piña este vate,
 lo que tiene de naranja este otro,
 y encontrar, en fin, de cada uno
 lo albaricocado, almendrado, manzanesco,
 perista, platánico y uval.